

RUTA SEPETYS

**LAS
FUENTES
DEL
SILENCIO**

Traducción:

ÁLVARO ABELLA



MAEVA

Queridos lectores:

Tenéis en vuestras manos un ejemplar de mi nueva novela *Las fuentes del silencio*. La historia transcurre en Madrid en dos planos temporales: 1957 y 1976. Dedicué siete años a documentarme y escribir la novela, y podría haber dedicado otros siete.

Todos mis libros anteriores incluían tramas relacionadas con la historia de mi familia, de modo que pude escribir esas historias desde dentro hacia fuera. Cuando comencé a documentarme para lo que se convertiría en *Las fuentes del silencio*, no tardé en comprender que si quería escribir sobre España, tendría que hacerlo de manera diferente, desde fuera hacia dentro: una americana en España.

De modo que estudié los puntos de contacto entre Estados Unidos y España en la posguerra, y analicé los momentos difíciles entre dos naciones muy distintas que intentaban relacionarse y cooperar a la vez que perseguían sus propios objetivos. Durante mi investigación en los archivos de Estados Unidos, descubrí información que resultaba sorprendente, confusa y, en ocasiones, hasta impactante. He incluido mis hallazgos en la novela. Pero en el fondo, mi proceso de documentación sirvió no solo para desenterrar la condición histórica, sino también la condición humana.

A pesar de décadas de conflicto y penalidades, me resultó evidente que las personas de todos los lugares de España perseveraban, se enamoraban y forjaban lazos mediante experiencias compartidas. Pronto descubrí que España constituye una lección para el espíritu humano.

Elegí narrar una historia de resistencia y fortaleza a través de un elenco de personajes variados, con dos protagonistas principales: un joven americano y una chica española, desesperados por conectar y comprenderse, pero cercados por el miedo, el silencio y las circunstancias. ¿Cómo podrán superar la distancia que los separa? Compartiendo sus historias.

Han pasado décadas desde la época descrita en la novela, pero algunos de sus retos globales siguen en pie. Como lectores, ciudadanos y seres humanos, ¿cómo podemos superar la distancia que nos separa? Podemos compartir nuestras historias.

Cuando escuchamos la historia de los demás, comprendemos que la experiencia pasada conforma nuestra mentalidad actual. Y más importante todavía, al compartir una historia ofrecemos una oportunidad para la comunicación. Y en ese momento de conexión, nuestro corazón se abre y alguien a quien no conocemos se convierte en alguien importante. De pronto, nos interesan países que nunca hemos visitado. Queremos saber más cosas. Y al descubrirlas, con frecuencia comprendemos que en realidad nos parecemos mucho más de lo que nos diferenciamos.

Todos los países tienen cicatrices y una historia dolorosa. Todas las familias tienen cicatrices y una historia dolorosa. Pero cuando se lee y se habla de relatos sobre conflictos históricos, tenemos una oportunidad para pasar de la reacción a la reflexión. De repente, nos juntamos en el relato, el estudio y el recuerdo. En ese sentido, los libros nos unen no solo como comunidad global de lectores, sino también como comunidad humana global que anhela aprender del pasado.

Gracias por apoyar mi dedicación a la Historia a lo largo de tantos años. Una autora no es nada sin los libreros y los lectores, y os estoy muy agradecida a todos y cada uno de vosotros por darme la oportunidad de aprender, crecer y crear esperanza para un futuro más justo.

Con mis mejores deseos,

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Julia Speckle', with a long horizontal flourish extending to the right.

PRIMERA PARTE

1957

MADRID, ESPAÑA

Nunca ha sido de mi agrado enviar un embajador a España, como tampoco lo es ahora y, a no ser que Franco cambie su forma de tratar a los ciudadanos que no lo siguen con fervor, me veré dolorosamente tentado a romper toda comunicación con él a pesar de la defensa de Europa.

HARRY S. TRUMAN,
33.^{er} presidente de Estados Unidos

2 de agosto de 1951

Memorando de Truman al secretario
de Estado Dean Acheson

Acheson Papers. Archivo de la Secretaría de Estado

Archivos de la Biblioteca Truman

1

HACEN COLA PARA la sangre.

El temprano sol de junio brota sobre una fila de mujeres que aguardan con paciencia en el matadero. Los abanicos se abren y aletean, respondiendo al calor de Madrid y al olor a carne cruda que emerge del matadero.

La sangre se empleará para hacer morcillas. Se debe medir con cuidado. Mucha sangre y el embutido no saldrá firme. Poca sangre y la morcilla se deshará como tierra seca.

Rafael limpia el filo del cuchillo en el delantal, con la mente a muchos kilómetros de la morcilla. Da despacio la espalda a la cola de clientas mientras dirige el rostro al cielo.

En su cabeza es domingo. Las manecillas del reloj marcan las seis.
Es la hora.

Suena la trompeta y los compases del pasodoble recorren la plaza.

Rafael salta al ruedo, al sol.

Está listo para enfrentarse al miedo.

En el palco de la plaza se encuentra el dictador de España, el generalísimo Francisco Franco. Lo llaman *Caudillo*, jefe de los Ejércitos, héroe por la gracia de Dios. Franco mira al ruedo. Sus ojos se encuentran.

«No me conoces, Generalísimo, pero yo a ti, sí. Soy Rafael Torres Moreno y hoy no tengo miedo.»

—¡RAFA!

El encargado asesta una colleja en la nuca sudada de Rafael.

—¿Estás ciego? ¿No ves que hay cola? ¡Deja de soñar despierto! La sangre, Rafa. Dales su sangre.

Rafa asiente y se vuelve hacia las clientas. Sus visiones de la plaza de toros desaparecen rápidamente.

Dales su sangre.

Recuerdos de la guerra resuenan en su cerebro. La vocecita burlona regresa, las ensoñaciones se atragantan con las pesadillas. «Te acuerdas, ¿verdad que sí, Rafa?»

Se acuerda.

LA SILUETA ES INCONFUNDIBLE.

«Hombres de charol con almas de charol.»

La Guardia Civil. En secreto, los llama *los cuervos*. Están al servicio del Generalísimo Franco y han aparecido en la calle.

«Por favor. Aquí no», susurra Rafael desde su escondite tras los árboles.

El llanto de un bebé resuena desde arriba. Alza la mirada y ve a Julia en la ventana abierta, con Ana, su hermana pequeña, en brazos.

La voz de su padre truena desde el interior:

—¡Julia, cierra la ventana! Echa la llave a la puerta y espera a tu madre. ¿Dónde está Rafa?

—Aquí, papá —musita Rafael desde su escondrijo, con las piernecillas dobladas—. Aquí mismo estoy.

Su padre sale a la puerta. Los cuervos suben al bordillo.

El disparo resuena. Se produce un fogonazo. Julia chilla desde arriba.

El cuerpo de Rafa se queda helado. Sin respirar. Sin aire.

«No.»

«No.»

«No.»

Arrastran el cuerpo inmóvil de su padre de un brazo.

—¡Papá!

Demasiado tarde. Nada más abandonar el grito su garganta, Rafa se da cuenta. Se acaba de delatar.

Un par de ojos dan con él como un dardo.

—Su muchacho está detrás del árbol. Atrapadlo.

RAFA PESTAÑEA PARA alejar los dolorosos recuerdos y oculta su corazón deshecho tras una sonrisa.

—Buenos días, señora. ¿Qué desea? —pregunta a la clienta.

—Sangre.

—Sí, señora.

Dales su sangre.

España lleva más de veinte años entregando sangre. Y, a veces, Rafa se pregunta: «¿Qué nos queda para dar?».

2

ES MENTIRA.

Tiene que serlo.

«Sé lo que has hecho.»

Ana Torres Moreno está dos pisos por debajo del nivel del suelo, en el segundo sótano del servicio. Rompe la pequeña nota en pedazos, se los mete en la boca y se los traga.

Una voz la llama desde el recibidor:

—Date prisa, Ana. Están esperando.

Corriendo por el laberinto de paredes de piedra sin ventanas, intenta avanzar más rápido. Intenta sonreír.

El tenue brillo de una bombilla desnuda susurra luz en la estantería de suministros. Localiza la cajita de costura y la deposita en su cesta. Corre hasta las escaleras y se pone a caminar al paso de Lorenza, que lleva una bandeja con cigarrillos variados.

—Se te ve pálida —murmura Lorenza—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —contesta.

«Tú siempre di que estás bien, sobre todo, cuando no lo estás», recuerda Ana.

Llegan al final de la escalera. El centelleo de una lámpara de araña las saluda desde el reluciente vestíbulo.

Sus pasos se ralentizan y se sincronizan, y pisan al mismo tiempo el suelo de mármol del vestíbulo del hotel, con una gran sonrisa en el rostro. Ana repasa su lista mental. El hombre de Nueva York querrá un periódico y cerillas. La mujer de Pensilvania necesitará más hielo.

A los americanos les encanta el hielo. Algunos cuentan que en sus cocinas tienen bandejas de hielo en cubitos. Quizá sea

posible. Ana ha visto anuncios de electrodomésticos en las revistas que dejan los clientes del hotel.

*Frigidaire! Rustproof aluminium shelving, controlled butter-ready.**

Sea cual sea su significado. Más allá de España, todo es un misterio.

Oye todo lo que se dice, aunque los clientes nunca se den cuenta. Siempre anda corriendo, mientras cumple a toda prisa las peticiones para que a los clientes no les dé tiempo a apartar la mirada de su mundo y fijarse en ella.

Julia, la matriarca de su maltrecha familia, la avisa constantemente: «Te confías con demasiada facilidad, Ana. Revelas demasiado. Mejor, guarda silencio».

Ana está cansada del silencio, cansada de preguntas sin respuesta, y cansada de secretos. Una chica hecha de remiendos que sueña con volver a empezar. Sueña con salir de España. Pero su hermana tiene razón. Sus sueños han demostrado ser peligrosos.

«Sé lo que has hecho.»

«Por una vez, sigue las normas en lugar de a tu corazón», le ruega su hermana.

Seguir las normas. Ser invisible a plena vista y que te paguen con generosidad por ello —cinco pesetas la hora—, ese es el plan. Su hermano mayor, Rafael, trabaja en el matadero y en el cementerio. Entre los dos empleos solo gana doce pesetas, veinte céntimos de dólar según el mostrador de cambio del hotel, por un día entero de trabajo.

* ¡Frigoríficos Frigidaire! Con bandejas de aluminio inoxidable y compartimento para la mantequilla. (*N. del T.*).

Ana entrega la caja de costura al conserje y se dirige con rapidez al ascensor del personal. La mañana ya se le ha ido, pero su lista de tareas aumenta. La temporada de verano ha llegado de manera oficial al hotel y con ella ha traído miles de nuevos turistas a España. Las puertas del ascensor se abren en la séptima planta. Ana se apoya la cesta en la cadera y se apresura por el largo pasillo.

—Toallas para la 760 —murmura un encargado con el que se cruza.

—Toallas para la 760 —confirma ella.

Ya tiene cuatro años, pero, para ella, el hotel americano huele a nuevo. En su cesta lleva un taco de folletos del hotel en los que se ve a un guapo torero, un matador, con una capa roja sobre la que pone, con letras bonitas:

*Castellana Hilton Madrid. Your Castle in Spain**.

Castillos. De niña había visto postales antiguas. El inquietante noticiario comienza a proyectarse tras sus ojos cerrados.

La avenida de tres carriles del paseo de la Castellana, hogar de la realeza española y de grandes palacios. Y entonces, las brillantes imágenes se desvanecen. 1936. La Guerra Civil estalla en España. El conflicto consume el color de las mejillas de Madrid. Los grandes palacios se convierten en grises fantasmas. Jardines y fuentes desaparecen. Igual que los padres de Ana. El hambre y el aislamiento imponen un filtro de oscuridad sobre el país. España se aísla del mundo.

Y ahora, tras veinte años de atrofia nacional, el Generalísimo Franco permite por fin la entrada de turistas en España. Bancos y hoteles se convierten en las nuevas fachadas de viejos palacios. Los turistas no se dan cuenta de la diferencia. Lo que hay por dentro ahora está escondido, como la nota que en este mismo momento se desintegra en su estómago.

* Castellana Hilton Madrid. Tu castillo en España. (N. del T.).

Ana lee los periódicos y revistas que dejan los clientes. Se aprende de memoria el folleto para recitarlo en el momento oportuno.

Formerly a palace, Castellana is the first Hilton property in Europe. Over three hundred rooms, each with a three-channel radio, and even a telephone.*

«Si se os asigna al cliente de una *suite*, tendréis que atender todas sus peticiones —las sermonea su encargado—. Recordad, los americanos son menos formales que los españoles. Están acostumbrados a la conversación. Tendréis que ser simpáticas, atentas y charladoras.»

«Ay, yo siempre soy simpática y charladora», sisea Lorenza, y guiña un ojo.

Ana quiere serlo, pero la advertencia de su hermana sobre el silencio contradice las instrucciones del hotel. Ese constante tirar de ella en direcciones opuestas hace que se sienta como una muñeca de trapo que acabará por perder un brazo.

Un hombre con una camisa de un blanco immaculado asoma al pasillo por una puerta.

Ella se detiene y hace una pequeña reverencia.

—Buenos días, señor.

—¿Qué hay, *doll*?

Doll. Dame. Kitten. Baby. Los americanos tienen muchos términos para dirigirse a las mujeres. Justo cuando la joven piensa que se los ha aprendido todos, aparece uno nuevo. En su clase de inglés en el hotel, llaman a estas palabras *apelativos cariñosos*.

* Ubicado en un antiguo palacio, el Castellana es el primer Hilton en Europa. Más de trescientas habitaciones, todas con radio de tres canales e incluso teléfono. (*N. del T.*)

Después de lo sucedido el año pasado, la muchacha ha aprendido.

Los diplomáticos, actores y músicos americanos llegan entre remolinos de polvo al aeropuerto de Barajas. Socializan y se mezclan hasta las primeras horas de la mañana. Ana anota en secreto sus preferencias. Las *starlets* tienen sus *suites* preferidas. Los políticos tienen sus *starlets* preferidas. Muchos no son conscientes de lo que supuraba en España unas décadas antes. Beben cava y fantasean con Hemingway y el flamenco. En raras ocasiones alguno pregunta a Ana por la guerra de España. Ella cambia de tema con educación. No solo por la política del hotel, sino también por la promesa que hizo.

Mirará al futuro. El pasado se debe olvidar.

Su padre fue ajusticiado; su madre, encarcelada. Su crimen no fue un acto, sino una ambición: profesores que soñaban con crear una escuela Montessori con métodos basados en el desarrollo de los niños y no en la religión. Pero el Generalísimo Franco ordenó que todas las escuelas de España fueran controladas por la Iglesia católica. Los partidarios de la Segunda República debían ser erradicados.

El delito de sus padres había provocado que Ana se quedara remando en oscuras aguas de secretos muertos. Nacida con una larga sombra de vergüenza, jamás debe hablar en público de sus padres. Ha de vivir en silencio. Pero a veces, desde los rincones ocultos de su corazón, surge la insistente pregunta:

«¿Qué se puede construir con el silencio?»

Aquí llaman al hotel Castellana Hilton *el estado cuarenta y nueve* y con cierta justificación, porque parece que solo en América puede haber más americanos [...].

[...] Hay diplomáticos y generales, almirantes y políticos trepas, condes de pega y de verdad, actrices de cine intentado dárselas de actrices de cine, y otras que no son actrices también intentado dárselas de actrices. Algunos de los habituales llevan ya tanto tiempo aquí que hay que arrancarlos de los taburetes del bar. Y, por lo general, hay una magnífica variedad de raritos.

[...] He visto caras por aquí que no asomaban desde los viejos días de los contratistas de la Segunda Guerra Mundial. Llenan el bar, organizan cócteles y fiestas y buscan «contactos» sin descanso, ya que España se va abriendo cada vez más al comercio exterior y, claro está, aquí se puede hacer mucho dinero con la construcción de las bases militares.

ROBERT C. RUARK

1 de marzo de 1955

«Llama al Hotel Hilton el 49.º estado»

Defiance Crescent News, Defiance, Ohio

3

SABEN QUE ES un turista.

No es la cámara lo que atrae sus miradas. Es su atuendo. Los ojos de los locales se dirigen primero a las botas embarradas de Daniel. A continuación, trepan por sus vaqueros, deteniéndose un poco en la hebilla del cinturón con la forma de la silueta de Texas. Una rápida inspección continúa rumbo al norte por su camisa de cuadros, pero en cuanto ven su cámara, se apartan rápidamente.

La gente lo mira, pero nadie habla con él.

Dos chiquillos pasan junto a un puesto de periódicos. Las portadas muestran una foto del líder de España. Los chicos se detienen delante de la fotografía y alzan el brazo derecho a modo de saludo.

¡Franco! El Caudillo de España.

Saca una foto.

Las palabras y la imagen de Franco, en distintas composiciones, están por todas partes. En las monedas y en los sellos del país, en los tranvías y en carteles por la calle. Daniel mira la fotografía del periódico. El general Franco es bajito, con un rostro insulso y entradas. El bigotito es quizá el único rasgo destacable. Pese a su baja estatura, controla el país desde una altura absoluta.

«Dan ya mide uno ochenta y cinco —alardeaba su padre recientemente—. Un gran hombre, ¿no es así?»

No. La altura no hace que un hombre sea grande y poderoso. Su padre y él miran con distintas lentes.

CUANDO SALE DEL parque del Retiro, el ruido estalla como una banda de gatos aullando: motocicletas que retumban sobre el ardiente pavimento, mientras corren entre los resuellos de los autobuses y los cláxones de los coches. Una niñita con un vestido de volantes va sentada sobre el manillar de una moto cuyo alocado conductor zigzaguea entre el tráfico.

Daniel se detiene en la acera. Madrid ruge con una energía exótica de vivos colores. Los coches y los zapatos son negros, a juego con el tapizado de las calles, color carbón, marrón goyesco y grosella. El revoltijo de escenas se ve acentuado por los nubarrones de humo de los tubos de escape y los fragmentos de conversación en español. Su madre, nacida en España, se empeña en que lo hable. Durante los primeros cinco años de su vida solo le hablaba en ese idioma. Aunque la lengua le resulta familiar, todo lo demás en Madrid es extraño.

En la esquina cerca de la entrada del parque, burros agotados tiran de pesados carros. Los vendedores pregonan sus baratijas. Un hombre fino como un lápiz está detrás de un surtido de abanicos españoles. Toma varios a la vez, abriéndolos y sacudiéndolos como mariposas pintadas. El vendedor señala la acreditación que le cuelga de la cinta de la cámara y le pregunta si es periodista.

—¿Periodista? ¿Americano?

Daniel asiente ante esa medio verdad y sigue caminando. La cámara fue un regalo de graduación de su madre. La acreditación es de un periódico local de Dallas.

«Quiero ser fotoperiodista», había anunciado recientemente en una cena.

«Hazme caso, te acabarás aburriendo de ello», opinó su padre.

Pero no había sido así. Las fotografías son espontáneas y emocionantes, algo creado por él, no heredado. Son un relato surgido de su puño y letra, en lugar de una historia ancestral

empapada en petróleo. Recuerda la carta escrita a máquina y guardada en el cajón de su escritorio, en su hogar.

Querido Sr. Matheson:

Enhorabuena, ha sido usted seleccionado entre los cinco finalistas del Premio de Fotografía Magnum de 1957.

Debe entregar su porfolio en septiembre.

Su padre no lo entiende. Daniel no se cansa de la fotografía, pero sí está cansado de oyentes frugales dados a opinar. Y las opiniones son muchas:

Debería dedicarse al fútbol y no al boxeo.

La fotografía es una pérdida de tiempo.

El negocio familiar del petróleo hará que sea feliz y coma perdices.

Quienes creen que lo conocen bien, en realidad no lo conocen en absoluto.

Las chicas no son diferentes. «Daniel Matheson. Vaya, vaya, ¿dónde has estado escondido?», bromeaban las más guapas en la puesta de largo, arremolinadas junto a la máquina de discos del Nelson's.

No ha estado escondido. Siempre había estado allí, pero las chicas nunca se habían fijado en él hasta que llegó a su último año de instituto, diez centímetros más alto y mucho más fuerte. Su teléfono empezó a sonar. Les encantaban su furgoneta, sus fotos y oírlo hablar español con los camareros de El Fénix. De repente, era «interesante». Y, de repente, fue tan tonto como para creerlas.

Después de tres meses saliendo con Laura Beth, el «interesante» dejó de interesarle.

«¿Por qué no te pones unos mocasines en vez de botas?», le sugería. «Cojamos el Cadillac de tu padre en vez de la furgoneta». Y «¿quién? Solo es un buen amigo de la familia».

Sus compañeros del instituto St. Mark's se reían. «¿Qué esperabas? A ella le va la doma clásica y a ti, el rodeo. Todo el mundo sabe que es caprichosa. Que no te amargue el whisky.» Por suerte, su ascendencia española fue lo que terminó con su relación con Laura Beth. Era «demasiado étnico» para ella. Gracias, madre.

Daniel pasa delante de una cafetería. La brisa seca se mezcla con el aroma a aceite, ajo y pimienta. El gran escaparate rebosa de montañas de gambas, angulas, pimientos fritos y chorizos. Saca una foto. El viento cálido revuelve su pelo. En Madrid hace tanto calor como en Dallas. Gira la esquina, entra en una calle estrecha y adoquinada y se mete en un portal. Mira su reloj y luego, la posición del sol. Sus padres están esperando en el hotel para comer. Su padre estará enfadado. Otra vez.

El eco de unos tacones acercándose resuena en la distancia. Se lleva el visor al ojo.

Una monja.

Sus pasos son apresurados. Resueltos. Lleva un paquete envuelto en tela. Mira de manera constante hacia atrás, como si la estuvieran siguiendo. Daniel permanece en el portal, inadvertido, mientras espera la foto perfecta. Una racha de viento revuelve el hábito negro de la monja, que baja una mano para alisarlo. Al hacerlo, la brisa levanta la tela y revela el contenido de su paquete.

La cara de un bebé, gris como el humo, lo contempla.

Se le corta el aliento al apretar el obturador.

El bebé está muerto.

Los ojos de la monja, a causa del pánico, se fijan en la cámara. El disparo del obturador solo produce un clic vacío. Se ha quedado sin película.

Daniel rebusca en el bolsillo un nuevo carrete. Lo cambia tan rápido como puede, pero no sirve de nada. Cuando alza la mirada, la monja ha desaparecido, remplazada por dos hombres con capa y sombreros con alas. Llevan escopetas.

La Guardia Civil. La fuerza militar al servicio de Franco.

Su poeta preferido, Federico García Lorca, los describía así:

«¿Quién te vio y no te recuerda? Hombres de charol con alma de charol.»

«No te acerques a ellos», lo avisó su padre.

Pero su siniestro aspecto, como cuervos humanos, es como un dedo llamando a la lente del americano. Se desliza más hacia el interior del portal para esconderse. No es ilegal fotografiar a la Guardia Civil, ¿verdad?

Solo una foto. Para el concurso.

El joven aprieta el obturador. ¿Lo ha conseguido?

Las alas se despliegan. Estalla una bomba silenciosa.

En un instante, los hombres están encima de él, empujándolo contra la puerta y arrancándole la acreditación que cuelga de la cinta de su cámara.

—¿Americano?

—Sí, señor. Americano —responde, y contiene su deseo de apartarlos de un empujón. Intenta ser cortés—: Yo hablo español.

El guardia responde con desprecio:

—¿Y qué? ¿Porque hables español te crees con derecho a sacar fotos a lo que te apetezca? Entrégame el carrete, ¡ahora mismo!

Daniel, nervioso, manipula con torpeza la cámara para abrirla y extraer el carrete. ¿Van a detenerlo?

El guardia le arranca el carrete de la mano.

—Tu acreditación no vale nada aquí. ¿Dónde te alojas? —pregunta.

—En el Castellana Hilton.

«Espera.»

«No.»

En cuanto las palabras salen de su boca, Daniel desea atraparlas, volvérselas a tragar y esconderlas.

Pero ya es tarde.

[...] El sistema era muy rígido. Era la España de Franco. Más te valía no caer en manos de la Guardia Civil o la Policía. Las cárceles eran muy duras y encerraban a la gente en ellas todo el tiempo.

ALEXANDER F. WATSON, cónsul de Estados Unidos
Madrid (1964-1966)

Extracto de una entrevista oral, septiembre de 1996
Colección de Historia Oral de Asuntos Exteriores
Asociación para los Estudios y la Formación Diplomática
Arlington, Virginia
www.adst.org

4

PURI TIENE UN bebé en el regazo. Ata unos lazos en las botitas, a juego con el rosa pálido de las mejillas de la pequeña. A esta niña le encantan los sonidos, así que Puri hace pedorretas con la boca. La bebé se carcajea y sonríe de placer, llena de alegría y fascinación.

Un medallón de latón cuelga del cuello de la bebé con una cinta blanca. Le da la vuelta a la placa y pasa el pulgar sobre el grabado.

Ve el número 20 116.

La número 20 116 no es consciente de que es huérfana. No se da cuenta de que la han traído a la inclusa. No tiene ni idea de que está en un orfanato de Madrid, en brazos de Purificación Torres Pérez, ni de que Puri viste un delantal negro con las flechas rojas de la Falange, el movimiento fascista español.

«Tu tarea, tu misión como mujer es servir», le enseñaban sus instructores en la escuela. Puri está agradecida de servir mediante el trabajo con niños.

—Vamos a hacernos unas fotos. Será divertido —le susurra a la bebé.

La número 20 116 va vestida con unas bonitas ropas que no son tuyas. Puri la llevará al cuartito blanco del tercer piso. Un hombre con una cámara negra con forma de caja vendrá y se colocará delante de la bebé para hacerle un retrato. Puri la calmará tras el fogonazo de la bombilla del *flash*. Hará las pedorretas.

La número 20 116 volverá a su raída cunita de la guardería. Las ropas bonitas se devolverán al oscuro armario de la hermana Hortensia.

Un conjunto para las niñas. Otro conjunto para los niños.

La hermana Hortensia supervisa a cada bebé con cariño sincero y devoto. Las fotos de los pequeños se les mostrarán a parejas dispuestas a acogerlos. Puri acaricia los aterciopelados mechones del bebé y da gracias porque haya tantas familias deseosas de adoptar a niños desamparados.

Un gran retrato enmarcado de Franco cuelga en la entrada de la sala.

—Nuestro defensor, el Caudillo, nos vigila —murmura Puri a la pequeña—. Cuida de nosotras. —Y levanta el bracito derecho del bebé para que le haga el saludo fascista a la foto. Menea al bebé al mismo ritmo con el que canta los compases del himno: «Es Franco, Franco, Franco. Nuestro guía y capitán.»

Una monja de un hospital local entra muy nerviosa en la sala y llama a la hermana Hortensia. Se perciben gestos de cabezas. Cuchicheos.

—En la calle. Sí, ahora mismo. Y la Guardia Civil...

Puri intenta escuchar.

La número 20 116 empieza a sollozar. Puri hace las pedorretas.

Las dos monjas miran a Puri.

Puri se da la vuelta.

5

ANA COMPRUEBA EN el registro que lleva en el bolsillo de su delantal el nombre del cliente que se le ha asignado.

Daniel Matheson.

Llama con suavidad a la puerta. No hay respuesta.

Hace uso de su llave maestra y entra en la habitación.

Calor. Silencio. El aire acondicionado está apagado y la puerta del balcón, abierta. La fina cortina de color perlado se eleva y cae con la cálida brisa.

La mayoría de los turistas quieren habitaciones con aire acondicionado, además de su hielo. Pero este cliente es diferente. Este extranjero deja entrar el aliento cálido y seco de Madrid en la gran *suite*. Sus ropas todavía no están metidas en los cajones ni en el armario. Caen al suelo desde las maletas abiertas, entre otras cosas del equipaje. Montones de periódicos y revistas sobre la mesita del café. El título de una revista, *Life*, llama la atención de Ana. Junto a los periódicos hay una caja amarilla con la etiqueta «GE photo flashbulbs».

Los clientes del hotel traen con ellos un surtido de caras pertenencias. Un hombre de Illinois que trabaja para una empresa llamada Zenith tiene transistores de un variado arcoíris de colores, tan pequeños que te caben en el bolsillo. Un músico al final del pasillo lleva un tocadiscos portátil dentro de un maletín. ¿Cómo ganan dinero para comprarse esas cosas? La tapita de bogavante del menú del hotel cuesta más que lo que la mayoría de los españoles ganarían en meses.

«A menudo ni tocan la comida, la dejan en el plato», le cuenta a su hermano, Rafael.

«Claro. No les resultará cara —explica él—. Los americanos tienen algo llamado *salario mínimo*. Un dólar por hora. Y ese es

su sueldo más bajo. ¿Te lo imaginas? —Rafa se acerca a Ana—. Esos ricos americanos son felices, no pasan hambre. Métete algo de bogavante en el bolso para mí», dice con un gesto cómplice.

Se ríe de la broma de su hermano. Su hermana mayor, Julia, no se ríe. Julia se preocupa. Cuando no está con la bebé en brazos, sus manos están una sobre la otra, retorciéndose de preocupación.

«Ahora somos cinco bocas a la mesa. Ninguno de nosotros puede perder su trabajo», avisa Julia.

Ana adora su trabajo, además de las clases de inglés y el relajado ambiente americano que le ofrece. No podría soportar perder su puesto. Pero Rafa tiene razón. La mayoría de los clientes del hotel no han conocido nunca el hambre: ni de comida ni de vida.

Su familia ha conocido las dos.

Hay una revista abierta sobre una silla. Una foto de una familia americana mira a Ana. Posa con mimo las toallas y se agacha para hojear la revista.

Las chicas americanas llevan calcetines con vuelta y zapatos blancos y negros. Contemplan fotos de cantantes que hacen algo llamado *rock and roll*, una música considerada indecente en España. ¿Qué pasaría si las chicas españolas vistieran pantalones en la calle? ¿Las detendrían? ¿Alguna vez una mujer soltera en España podrá tener pasaporte?

Ella sueña con viajar, con irse de España algún día. Lo que hay fuera de las fronteras del país es inalcanzable para familias como la suya. Durante décadas, Francisco Franco ha creído que la influencia exterior corrompería la pureza y la identidad de España. Las vías de tren en España son más anchas que en el resto de Europa a propósito, para evitar entradas y salidas indeseadas.

«España necesita dinero e inversión extranjera, por eso Franco ha dado permiso para la apertura del hotel americano —sostiene Rafa—. Ay, un castillo en España para los americanos», se ríe.

Es cierto. Tras años de aislamiento, se ha invitado a ciertas industrias y negocios que vienen de Estados Unidos: turismo, cine y petróleo. Los americanos se alojan en el Castellana Hilton. Pero el Hilton tiene algo más que simples habitaciones de hotel. Tiene una oficina de negocios. El inglés de Ana es bueno. Cuando lleve dos años trabajando allí, podrá pedir un puesto en un departamento diferente. El equipo de secretaría de la oficina de negocios viaja por toda España con los empresarios. Salen de Madrid.

Una llave martillea en la cerradura. Un joven alto con el pelo oscuro entra en la habitación. Los dos dan un respingo, asustados. La revista cae al suelo.

—Bienvenido, señor —saluda al invitado tal y como se le ha enseñado.

El joven lleva una cámara. La mira con fijeza y luego observa nervioso la habitación. Sus ropas son distintas a las que Ana ve en las revistas. La mayoría de los americanos son pulcros y elegantes. Este muchacho es guapo, pero descuidado. Su pelo va por libre.

Su voz baja rompe el silencio:

—Lo siento. No era mi intención asustarte.

—*I'm not scared.* —Ana sonríe.

—Vaya, hablas inglés —dice él en voz baja.

—Y usted habla muy bien español, señor, pero no un español de España. ¿Quizá habla español —se detiene a pensar— de México?

La comisura de su boca se alza casi formando una sonrisa.

—De Texas. Debe de ser mi acento. Pero mi madre es española. —Señala hacia la puerta—. Mis padres están en la *suite* al otro lado del pasillo.

El joven intenta domar su pelo enmarañado y entonces ella se da cuenta. Tiene la manga rasgada.

El muchacho posa la cámara y avanza para recoger la revista. Ana la alcanza primero.

Siente los ojos del joven posados en ella mientras cambia la revista por las toallas.

—Ah, sí. Sus padres son los Matheson, de Dallas. Llegaron ayer. Bienvenido al Castellana Hilton, señor. Espero que esté disfrutando de su estancia.

—Sí, *ma'am* —asiente.

En lugar de *sugar* o *doll*, ha llamado a Ana *ma'am*, un término de respeto, no cariñoso. Contempla al joven. Como mucho, ella es dos años mayor que él.

—Mis padres —dice el muchacho en voz baja—, ¿han pasado por mi habitación?

—No, señor.

Sus hombros descansan con alivio.

Alguien llama a la puerta. Abre como platos los ojos azules mientras se lleva un dedo a los labios y le pide silencio. Ana está frente a él, sujetando las toallas.

El toque se repite, seguido por una voz de mujer al otro lado de la puerta.

—Daniel, ¿has vuelto?

El joven mira a Ana y sacude la cabeza. Forma con los labios la palabra *no*, seguida de una sonrisa de cordero.

La joven siente llegar una carcajada e intenta contenerla. Odia el punto de oro que cubre su diente inferior.

—Igual se ha dejado la radio puesta y eso es lo que has oído —dice una voz de hombre.

—¿La radio? —pronuncia Daniel en voz muy baja.

Ana señala a su lado. El joven alarga el brazo por encima de ella y enciende el aparato. El muchacho huele... bien.

Pasados unos momentos, el muchacho pega la oreja a la puerta.

—Creo que se han ido —susurra, y suelta un largo suspiro, mientras intenta calmarse—. Lo siento. Estoy procurando evitar a mis padres.

—Sí, ya lo veo —asiente ella riendo. Se da la vuelta y lleva las toallas al baño.

El teléfono suena.

—¡Jesús! Ahora están llamando desde la habitación —se queja Daniel.

Ana tiene muchas ganas de charlar, de descubrir por qué está evitando a sus padres, pero hace caso a la advertencia de su hermana.

—¿Necesita algo, señor? Si no, me voy —dice.

—No. Muchas gracias por tu ayuda. —Se detiene para mirarla—. Oye, tu inglés es mejor que mi español. ¿Eres de Madrid?

Ana lo mira de forma directa a los ojos. Sonríe y miente:

—Sí, señor; de Madrid.